

## EL PODER DEL DESTINO EN *CARIDAD LA NEGRA*

**Manuel Cifo González**

**Universidad de Murcia**

Como bien apunta José Luis Molina Martínez, la formación humana e intelectual de José María Castillo Navarro tiene su origen, por un lado, en la influencia ejercida por su madre, quien lo inició en la práctica religiosa y en la lectura de la Biblia, y, por otro, en su educación religiosa, que comienza a los doce años en el Colegio Seráfico de Nuestra Señora de las Maravillas de Cehégín y que continúa hasta que, ya próximo a recibir las órdenes menores franciscanas en el convento de Santa Ana de Jumilla, contrae la tuberculosis y es ingresado en el sanatorio de Torremanzanas (Alicante). Es ahora cuando, tras una profunda reflexión sobre su vida, decide hacerse escritor. Tarea esta en la que, obviamente, habrán de influirle muchos de los autores a cuya lectura dedicó buena parte de su tiempo, entre ellos Santo Tomás, San Agustín, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Buenaventura y Duns Scoto, quienes, junto a algunos otros, «son la base de su criterio religioso de la vida y del interés en llegar a la última pregunta, al último motivo, a lo recóndito del hombre<sup>4</sup>».

Así pues, a la hora de afrontar el análisis de su novela *Caridad la Negra*, hemos de tener muy en cuenta esta formación religiosa de Castillo Navarro, así como su posible vinculación con el llamado realismo social y, más concretamente, con el denominado realismo existencial cristiano. En este sentido, conviene recordar lo que apunta Gonzalo Sobejano cuando habla de dos grandes temas en la novela existencial española: la incertidumbre de los destinos humanos y la ausencia o dificultad de comunicación personal; temas que, en forma alegórica, se pueden apreciar en una imagen como es la del camino. Y, precisamente, esta imagen es la que encontramos a lo largo de toda la segunda parte de *Caridad la Negra*, titulada «Un camino». El camino que recorre la joven protagonista, Soledad, desde que a los dieciséis años conoce a Marcos, el hombre con el que su madre tenía relaciones carnales, hasta que finalmente consigue estar con él y, poco después, se instala en el prostíbulo de Caridad la Negra, en el cartagenero barrio del Molinete. Un camino al que parece estar abocada desde su

---

<sup>4</sup> José Luis Molina Martínez, «José María Castillo Navarro: desde el realismo y otros rótulos al silencio voluntario», en <http://www.ensayistas.org/filosofos/spain/castillo/introd.htm> (pág. 3 de 26).

nacimiento, en lo que sería un destino insuperable y contra el que Soledad no se rebela; mas bien al contrario, parece aceptar que esa y no otra ha de ser su vida, quizá como consecuencia de la herencia genética derivada de la misma condición de prostituta de su madre, Marta, e incluso de un cierto determinismo onomástico («Soledad y sola<sup>5</sup>»). Un camino en el que se irá encontrando con algunos de los tipos que apunta Sobejano como característicos de la novela existencial: los hombres violentos y sádicos, que maltratan cruelmente a las mujeres y pueden llegar a ocasionarles la muerte; los oprimidos, que, como la propia Soledad, son las víctimas inocentes de aquellos, y los indecisos -los que se dejan llevar por el *statu quo*, los que no hacen nada por cambiar el curso de los acontecimientos cotidianos-, sumidos en una permanente incertidumbre y en un vivir desenfocado<sup>6</sup>.

No obstante lo anteriormente apuntado, hemos de tener muy en cuenta que la complejidad del estilo narrativo de Castillo Navarro no permite adscribirlo fácilmente a una de las diversas corrientes de esa literatura social, ya que, como bien señala Molina Martínez, si tomamos en consideración la tradicional clasificación de la novela española de posguerra, se puede concluir que el escritor lorquino pertenece a la generación del medio siglo y que su novela se inserta en un realismo social que contiene otros matices: costumbrismo, tremendismo, acercamiento a un cierto existencialismo, a la metafísica inquisitiva de la interioridad humana y a un esteticismo de carácter poético. Todo ello en una mescolanza personal reiterativa que es lo que, en definitiva, constituye su estilo y dificulta su adscripción.

De hecho, en la entrevista realizada por Pedro Guerrero y Anthony Percival, el 6 de marzo de 2003, con ocasión de la reedición de *Caridad la Negra* en ese mismo año, a la pregunta de si existe en sus novelas una dosis de cristianismo social y de si todas o alguna de ellas son producto de un realismo social cristiano, la respuesta del novelista fue tan escueta como clara: «Posiblemente ambas cosas<sup>7</sup>». Además, a la hora de hablar sobre sus métodos de trabajo, su respuesta fue que, como consecuencia de sus hábitos franciscanos de antaño, su método de trabajo es la humildad. Una humildad que, por otra parte, se basa en su creencia de que, como dice el conocido aserto: «Voz del pueblo, voz de Dios. El Dios nuestro de cada día con el que, codo con codo, elaboramos una

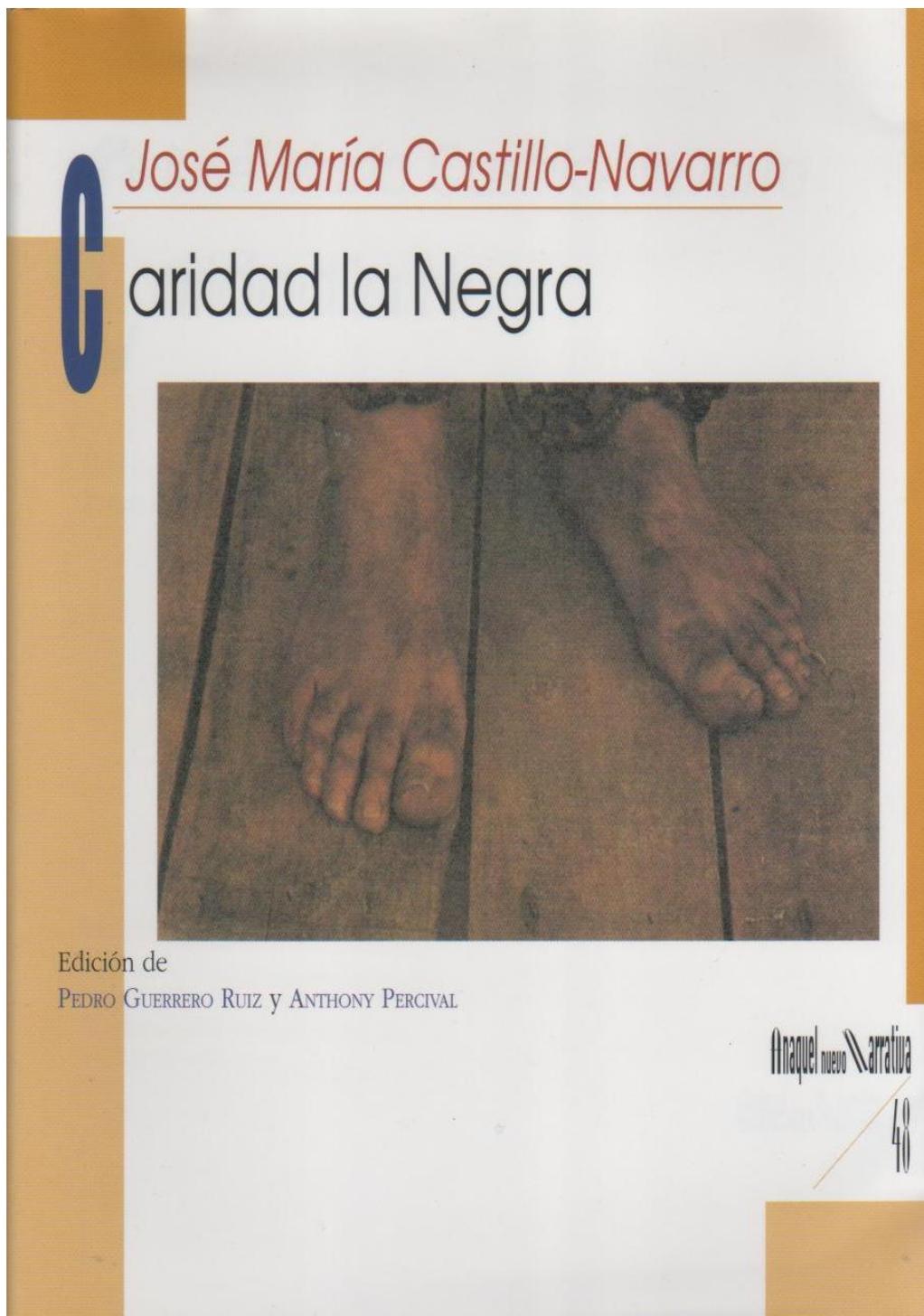
---

<sup>5</sup> José María Castillo Navarro, *Caridad la Negra*, edición de Pedro Guerrero y Anthony Percival, Alicante, Agua Clara, 2003, pág. 39.

<sup>6</sup> Gonzalo Sobejano, *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid, Prensa Española, 1970, cfr. págs. 207-210.

<sup>7</sup> Op. cit., pág. 26.

cierta-incierta, casi sutil manera de convivencia, ya que para mí, y según mi fe, “el Dios que me creó sin mí, no me salvará sin mí”. O sea, que si el hombre no quiere, Dios no puede<sup>8</sup>».



---

<sup>8</sup> Id., pág. 23

Por consiguiente, según este planteamiento de Castillo Navarro, bien pudiera ser que lo que acontezca en la vida del ser humano dependa no solo del designio divino, sino también de la voluntad de aquel. Tanto es así, que Dios podrá hacer que el hombre se salve, siempre y cuando este quiera salvarse, aunque ello suponga vencer un destino aciago, como se puede apreciar, por ejemplo, en *La vida es sueño*, en donde Segismundo, actuando con prudencia y templanza, consigue salir victorioso del terrible final al que parecía estar abocado según la inclemencia del hado. Porque lo cierto es que el destino del hombre -el de Soledad, en el caso que nos ocupa- dependerá tanto de la supuesta fuerza ajena a su voluntad, a la que se atribuye la determinación inevitable de todo cuanto le ocurra, como del resultado de sus propios actos. Y esta podría ser la clave de la novela del escritor lorquino: hasta qué punto lo que le sucede a Soledad le viene impuesto desde fuera, como resultado de la voluntad inquebrantable de un ser superior, llamémosle Dios, y hasta qué punto ella misma coopera para que sea esa y no otra la salida a la que se ve abocada. La respuesta no resulta fácil, aunque lo más probable es que el hecho de que la joven Soledad acabe ejerciendo la prostitución en el Molinete obedezca a la conjunción de ambas circunstancias y de ahí el lema que Castillo Navarro coloca justo antes de comenzar la lectura de *Caridad la Negra*: «Cuando más turbio el tema, más limpia la mirada ha de ser de quien se atreve con él».

Con este pensamiento de marcada tonalidad existencialista, el novelista invita a sus lectores a mirar con limpios ojos el devenir de los acontecimientos que llevan a Soledad a convertirse en una más de las prostitutas del burdel cartagenero. Una mirada compasiva, indulgente, como la de la multitud de estampas que hay en la pared de la habitación en la que ella ejerce su trabajo y a las que el narrador se refiere en la primera parte de la novela, titulada «Un lugar»:

Pegadas a la pared, había multitud de estampas. El Cristo del Gran Poder, el de Medinaceli, el de Velázquez, la Virgen de las Angustias, la Fuensanta, la Inmaculada Concepción de María, santos, ángeles, mártires y confesores. Unos sobresalían de los otros por el tamaño, el colorido o el plano en que fueron colocados. Su mirar antojábase triste, evadido de la realidad diaria, de la porquería diaria<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Id., pág. 40.

Los mismos santos que, una vez que Soledad ha concluido la tarea de dar placer al cliente de turno y gracias al titular de las lamparitas encendidas, «parecieron entornar los párpados y meditar sobre el hecho de que un hombre y una mujer hubieran gastado su tiempo disfrutándose<sup>10</sup>». Y es que esos santos son plenamente conscientes de que, en lo alto del Molinete, el cielo queda más lejos que de cualquier otro lugar de Cartagena, como también lo son de que a los hombres que visitan el prostíbulo los santos de las paredes les estorban y, por ello, algunos piden que se apaguen las lamparitas y otros se desnudan con vergüenza, pues tenían miedo de enfrentarse después con los santos que sus mujeres tenían colgados sobre el respaldo de las camas. Porque, como apunta el narrador, lo que ocurre es que el mundo no va bien y el hombre sabe que todo cambió desde el mismo momento de la creación del mundo, desde el primer pecado del hombre, «desde que el mundo escapara de la mano de Dios para redondearse con la mano del hombre, que era tanto como decir con la mano del diablo<sup>11</sup>». Aunque, fruto de la inagotable misericordia divina, el ser humano siempre tendrá la posibilidad de ser redimido de sus pecados, tal y como Soledad le explica a uno de sus clientes. Ella, mujer piadosa, pecadora como la Magdalena, sabe que, llegado el momento de limpiar su alma de pecado, Dios la recogerá en su seno con los brazos abiertos. Para salvarse, tan solo tendrá que rezar la oración de la Buena Muerte antes de morir.

Ahora bien, no siempre las criaturas son conscientes de cuáles son los designios del Creador y por ello muestran su rebeldía ante lo que consideran un destino injusto o inadecuado. Eso es lo que ocurre con la procesión que la joven Soledad contempla cuando un grupo de hombres portan a hombros la imagen de un santo, que había sido labrador en vida, con la que recorren los campos sedientos en una rogativa pidiendo lluvia, mientras las mujeres enlutadas caminan en dos filas con cirios encendidos. Ante las duras increpaciones de una de las mujeres, dominada por la rabia y la cólera, el pobre san Isidro, que parecía avergonzado, guarda un silencio sepulcral. Y algo parecido sucede con los hombres, los cuales van haciendo sonar los trébedes al compás de sus plegarias y se muestran quejosos del destino que Dios les ha deparado, mientras que Dios, «como si se supiera culpable, continuaba en silencio<sup>12</sup>».

Pero, claro está, no es lo mismo culpar a Dios de la sequía o de las duras condiciones de vida que han de soportar los pobres campesinos, que hacerlo

---

<sup>10</sup> Id., pág. 42.

<sup>11</sup> Id., pág. 42.

<sup>12</sup> Id., pág. 52.

enteramente responsable de lo que sucede a personas como Soledad. Porque, por un lado, pudiera parecer que ella se encuentra sola, impotente, como aherrojada a un destino del que no pudiera escapar por mucho que lo intente. De ahí que, en los momentos más duros de su caminar por la vida al encuentro del que ella considera su destino -el encuentro con Marcos y su entrega a él-, la joven trate de infundirse ánimos para huir de la desesperación que la embarga, pensando que esa es la voluntad divina:

Inconscientemente, con esa vocecita tenue con que todos nos hablamos en los momentos de contrariedad o de goce, iba repitiéndose que no tenía que sufrir ni desesperarse por nada. Un ser que necesitaba de otro, como ella urgía de Marcos, tenía que terminar encontrándolo. Así era como Dios quiso que fueran las cosas de los hombres, y ahora no iban a cambiar con el solo objeto de atormentarla<sup>13</sup>.

Pero, por otro lado, también es cierto que, desde el instante mismo en que Soledad conoce a Marcos, el hombre con el que su madre se había citado para amarse en un cañaveral, la joven se queda prendada de él, hasta el punto de que, como apunta el narrador, se siente hembra por primera vez y se imagina ser su esclava. Y, en este sentido, poca diferencia hay entre ella y su madre, quien todavía joven, con trenzas y en edad de jugar, un día tomó el camino equivocado, en una elección que acabaría marcando toda su vida:

Un día volvió a ir al brazal a jugar a los juegos con que los niños y los grandes se divierten, y a la vuelta, todavía asustada, todavía hiposa y compungida, tomó el camino de la izquierda, que, según dicen los que saben, es el camino de la perdición, el camino por donde el desprecio y la soledad pasean cogidos de la mano a la caída de la tarde. Por donde cuanto transita, sea de ida o de retorno, tiene el color del llanto y de la pena<sup>14</sup>.

Desde ese momento, Marta amó la prostitución, aunque de forma rutinaria y con indiferencia; pero su predilección fueron siempre los hombres, las cosas de los hombres.

---

<sup>13</sup> Id., pág. 96.

<sup>14</sup> Id., pág. 57.

Y, cuando fue madre, se alegró de que haber tenido una niña, porque pensaba que con ella se aseguraba su porvenir, como si la hija hubiera de ser su continuadora en el oficio.

Pero volvamos a Soledad. Días después de haber conocido a Marcos, su madre se marcha de casa, la encierra con llave y le dice que espere hasta que ella regrese. Mas la joven, sintiendo que la risa le cosquilleaba en la garganta, ve llegada la ocasión de escaparse. Es decir, Soledad ha elegido su camino: pega fuego a la casa y se lanza a la aventura en busca de Marcos, el hombre que la había deslumbrado. Y ese momento del fuego purificador le hace recordar a la joven la creencia popular acerca de las hogueras de las noches de san Juan, en las que, según se decía, los quebrados podían curarse y volver a ser hombres de una sola pieza. Al igual que en esas ocasiones un hombre nacía a otra vida, también ella comienza su andadura hacia la que habrá de ser su nueva vida.

¿Qué habría ocurrido si Soledad se hubiera quedado en su casa, obedeciendo la orden de su madre? No lo sabremos nunca, aunque todo hace pensar que habría terminado siendo una prostituta de cañaverales, como Marta. Si ese hubiese sido inicialmente su destino, al fin y al cabo lo que consigue Soledad con su escapatoria es cambiar el lugar en donde ejercer el oficio al que estaba destinada. Y así parece confirmarlo el narrador cuando apunta que, mientras se marchaba de casa, pensaba que, antes de conocer a Marcos, nunca habían tenido que encerrarla con llave ni ella había deseado a ningún hombre. «Las cosas, según Soledad, pasaban siempre por algo<sup>15</sup>».

En su caminar al encuentro de Marcos, Soledad conoce a Isidro, quien la invita a montar a caballo y la lleva hasta las ruinas de la iglesia de Nuestra Señora de los Murciélagos, en donde ella acabará entregándosele. Después de que el hombre termine de hacer lo que deseaba, la joven se siente huérfana y «desprendida de todo, comprendiendo que la verdadera soledad era la de saberse libre<sup>16</sup>». Al día siguiente, emprende de nuevo el camino en busca de Marcos, su único deseo, lo único que para ella era perdurable, con la certeza de que terminaría encontrándolo.

Llegados a este punto, hay que señalar que las alusiones a Dios a lo largo de la novela no solo se refieren a aspectos relativos al providencialismo divino, sino que en algunas otras ocasiones tienen un contenido menos trascendente. Así ocurre, por ejemplo, cuando Soledad se encuentra con unos titiriteros y observa cómo uno de ellos, llamado Primitivo, acaricia a su hijo de seis años mientras mantiene los ojos cerrados. En esos momentos, el narrador apunta que la actitud de Primitivo responde a la

---

<sup>15</sup> Id., pág. 60.

<sup>16</sup> Id., pág. 86.

necesidad de contemplar todo lo que lleva dentro de sí y añade que sobre las cosas circundantes «reinaba igual sorpresa que la que debió de existir cuando Dios alentó por vez primera, y la tierra y los árboles se pusieron a temblar de gusto y de agradecimiento<sup>17</sup>».

En otra ocasión, Soledad está escuchando alguna de las historias que relata una mujer a la que llaman abuela Maravillas. Según esta, los ángeles conducen los esquifes por los sitios que más amaron los muertos en vida y, para no ser vencidos por el sueño, dejan que el mar les moje los pies. Además, los ángeles descolgarán una estrella muy grande para que los muertos puedan ver el fondo del mar con todos sus tesoros y misterios. Y, si hay mar gruesa, «Dios, que cuida de sus cosas como cuidamos los humanos de las nuestras, lanzará un grito que estremecerá hasta los mismísimos cimientos de la tierra<sup>18</sup>». Mas, cuando un niño aclara que ese grito del que habla la vieja es un trueno, esta añade que la voz de Dios es muy parecida a la del padre del niño cuando él se desmanda y no quiere acabar la comida que hay en su plato. Entre tanto, Soledad escucha todo el relato de la abuela Maravillas con una gran emoción contenida, pues ella nunca había pensado en los muertos. Después de oír ese bello relato, la muerte le resulta más hermosa que la vida e incluso piensa que «Dios no era ni la mitad de bello que todas aquellas cosas contadas por la vieja<sup>19</sup>».

Como se puede apreciar, en su intento de cuidar del ser humano, Dios cuenta con la ayuda de unos fieles aliados, los ángeles. Unos seres sencillos que tomaron conciencia de sí mismos y de su labor cuando se vieron ante el Creador sin nada que distrajera su atención y su deleite. Unos ángeles cuya alegría es comparable a la de una niña con la que Soledad se encuentra en Puntasica y que le ofrece pan y chocolate para aliviar el hambre. Además, en un momento concreto, cuando Soledad está a punto de ser forzada por un hombre llamado Juan y ella reacciona rasgándose el vestido para facilitarle que pueda aprovecharse de una mujer indefensa, lo que hace que el hombre desista de su intento, el narrador omnisciente apunta que, al otro lado de las estrellas, «algún ángel, al ver a la muchacha, debió de parpadear, y Soledad, la perseguidora del hombre de los pies grandes, salió corriendo de nuevo<sup>20</sup>».

Continuando con su camino, Soledad llega a Siempremío y allí un hombre se ofrece para darle comida, porque de ese modo se asegurará la recompensa de Dios en el

---

<sup>17</sup> Id., pág. 104.

<sup>18</sup> Id., pág. 133.

<sup>19</sup> Id., pág. 134.

<sup>20</sup> Id., pág. 122.

día del juicio final, pues a Él y a sus santos les dirá que, cuando ella tenía hambre, le dio de comer. Pero lo que acabará de marcar el destino de la joven será el hecho de que la abuela Maravillas, tras invocar a Dios, a Jesucristo, a varios santos y a treinta y tres ángeles, le pronostique que en su vida futura llorará mucho, pero no con lágrimas de los ojos, sino con un llanto seco, como el de un mal viento o una mala calentura. Según la vieja echadora de cartas, Soledad encontrará al hombre que busca, aunque ese será el principio de su desventura, y por eso le aconseja que ceje en su empeño, pues sería mil veces preferible que desistiera del intento. Es más, parece ser que, para la abuela Maravillas, la figura de Marcos se podría vincular a la de Lucifer, el más hermoso y más bello de los ángeles, que fue expulsado del Paraíso por negarse a adorar al hijo del Padre Eterno. Desde su expulsión, Lucifer compite con el Padre Eterno por arrebatarle a los hombres, para lo cual toma forma humana y convive con ellos, aparentando que los ama. De ahí la advertencia de que, antes de estar con un hombre, se pregunte «si no será ése el hombre que Dios expulsó un día de su reino<sup>21</sup>». Inmediatamente, Soledad niega la posibilidad de que Marcos pueda ser Lucifer, a lo que Maravillas replica que un hombre, por el mero hecho de ser hombre, puede estar muy cerca de Dios o muy cerca del demonio.

La pregunta que nos surge a continuación es qué representa Marcos para Soledad y por qué ella niega la posibilidad de que él sea un demonio. La respuesta nos la da ella misma tras ser violada varias veces por dos miserables llamados Santos y Polimio. Para Soledad, Marcos encarna la figura de un redentor; tras tanto infortunio como le había tocado vivir, está segura de que encontrará a ese hombre, que él perdonará todas sus culpas y que la acogerá amoroso en su seno:

Ella le contaría a Marcos la verdad. Le diría lo de la iglesia de Nuestra Señora de los Milagros, así como lo de Juan, lo de Santos y lo de Polimio. Marcos se resistiría a admitir todas aquellas fantasías como ciertas, y Soledad, entonces, se le ofrecería. Una mujer a prueba tendría que ser como una sandía grande y roja. Una sandía a la que cualquier comprador podía hundir su navaja hasta las mismísimas cachas y sacar su tajón fresco y chorreante<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Id., pág. 146.

<sup>22</sup> Id., pág. 178.

Mas el encuentro con el hombre amado no es como ella había soñado. En medio de un maizal y mientras otros dos hombres violan brutalmente a Ana, la muchacha con la que Soledad camina hacia el Molinete, Marcos se acerca a ella y, sin mediar apenas palabras, sin ni tan siquiera reconocerla, se limita a tomar lo que la joven le ofrece. Acabado todo, él se marcha del mismo modo en que había llegado y ella se siente feliz porque, tras haber conocido el ímpetu y la destreza sexual de Marcos, ya tiene un recuerdo con el que vivir el resto de su vida. Ahora es cuando se confirma su destino: «Soledad sólo era un hambre insaciable, un deseo loco y desenfrenado, algo previamente destinado a satisfacer el apetito de aquel hombre<sup>23</sup>».

Ese era su destino, ella lo sabía y así lo había aceptado. De ahí que desoiga el consejo de la moribunda Ana quien, tras la cruel violación que ha sufrido, le aconseja que huya a cualquier sitio lejos de allí para no convertirse en una mujer de la vida. Pero ella, sabedora de que solo en el Molinete podrá volver a encontrarse alguna vez con ese Marcos tan viril y tan deseado, sella el trato con la dueña del burdel en el que, a partir de ahora, lo esperará pacientemente, sentada, con las piernas abiertas, un farol bajo el halda y unas varitas de incienso.

---

<sup>23</sup> Id., pág. 203.